

«Spaniards, come home»
(Hospitalidad norteamericana y reciprocidad)

ISABEL DURÁN GIMÉNEZ-RICO
Universidad Complutense. Madrid

Después de unos años alejada del mundo universitario, este año me he decidido a matar el «gusanillo» y a volver a aquellas viejas aulas de la Facultad de Filología que dejé en 1981, para hacer los cursos del Doctorado sobre literatura norteamericana.

No, no voy a hablar de ningún autor, no voy a hacer una crítica literaria, pues soy una simple agregada de Instituto, y mi capacidad se limita, por el momento, a enseñar inglés a alumnos de enseñanzas medias.

Simplemente voy a transmitir en unas líneas la sensación de incompreensión que me ha inundado hoy al entrar en un sitio tan poco «académico» como es el servicio de la Facultad.

Las pintadas, o *graffitty*, por utilizar el término inglés, son a menudo portadoras del sentimiento de un pueblo, en este caso de unas estudiantes españolas.

«*Yankees, go home*», era la frase que más se repetía en cada una de las puertas (por curiosidad las he mirado todas). Y yo me preguntaba... ¿qué tienen que ver unos estudiantes americanos que vienen a nuestro país durante un año para «empaparse» de nuestra lengua, nuestra cultura y nuestra forma de vida con la política mundial, el desarme, el apoyo o la contra nicaragüense, el establecimiento de bases militares en España, el rechazo a la Alianza Atlántica y tantos temas que crean el «antiamericanismo» entre gran parte de nuestra joven población?

Mi mente, entonces, ha volado a Sarasota, una ciudad de retiro en el golfo de México, poseedora de las playas más bellas y las aguas más cristalinas de Florida.

Durante el mes de julio de 1985 yo acompañé a un grupo de 23 españoles que querían practicar su inglés a la vez que pasar unas vacaciones dignas de un *yupee* en esta ciudad. Cada chico estaba alojado en una familia y asistía a clases de inglés en un High School tres horas al día. Este es un método muy empleado entre jóvenes estudiantes cuyos padres pueden permitirse la financiación de un curso de inglés, un billete de avión y una cantidad semanal asignada a las familias receptoras de su hijo para su manutención y alojamiento.

(Así funcionan las organizaciones que llevan estudiantes a Inglaterra o Irlanda.)

Pero nuestro caso era muy distinto: las familias americanas no recibían un sólo dólar por alojar, alimentar, transportar, entretener, cuidar y tratar como a un hijo a nuestros estudiantes durante cuatro semanas.

No estoy exagerando: las casas seleccionadas eran todas increíblemente lujosas y acogedoras, nuestros chicos tenían toda su propia habitación y se regodeaban cada día con las mejores especialidades culinarias de sus «madres americanas», éstas estaban pendientes cada día a las nueve de llevarles al colegio en coche, y de recogerles a las doce; hablaban a menudo conmigo y continuamente me pedían sugerencias para entretener a sus «hijos españoles», se preocupaban si un día le notaban algo triste, sufrían si una mañana se levantaba con un poco de tos, gozaban enseñándoles los lugares más bonitos de Florida y viéndole sonreír, y, cómo no, se sentían orgullosos de comprobar que el *yes* o «no» del principio se iba convirtiendo en frases más largas, o incluso en pequeñas conversaciones en inglés.

Y no acabó aquí aquella increíble hospitalidad de los americanos: un día vino a visitarme una periodista porque la presencia de 24 españoles en su ciudad era *good news* y quería compartir esta noticia alegre con todos sus habitantes. Me hizo una entrevista, se interesó por nuestras costumbres, habló con los chicos y reflejó en su artículo las impresiones (positivas y negativas) que la sociedad americana les había causado, se mostró orgullosa de que hubiéramos atravesado el Atlántico para aprender su lengua, y avergonzada de que ellos no se esforzaran por aprender la nuestra, y terminó su artículo, que ocupaba media página de un periódico de gran tirada (*Pelikan Press*) con la conclusión de que nuestra visita era «una hermosa oportunidad para que el pueblo de Sarasota amplíe sus ho-

rizontes y haga del mundo una casa más pequeña y más amigable para todos».

Ahora, al llegar al término de mi comentario, me pregunto cuántos españoles estaríamos dispuestos a hacer lo mismo con un grupo de 24 americanos sin recibir nada a cambio, más que la experiencia de haber ofrecido nuestro hogar y nuestro cariño a unos chavales extranjeros.

Y me conmueve la conclusión de que estas gentes habrían escrito en las puertas de sus servicios: *Spaniards, come home*.